

Capítulo XI

Miradas, palabras, varia

Cabe destacar también la actitud que uno y otro guardan ante diferentes modalidades posibles de enseñanza espiritual, auxiliares o no del conocimiento de sí que en ambos excederían lo que se entiende por enseñanza. Método preferido en Ramana Maharshi, el mouni sadhu, el maestro silencioso sería justamente el silencio; las enseñanzas propiamente tales resultarían añadidos, especificaciones de algo que antes que ellas tendría mayor fuerza, valor y verdad. Ya hemos tratado del Silencio en sí mismo, y apreciado cómo en ambos se vuelve silencio con mayúscula pero en cuanto método en Ramana Maharshi es acompañante del Vichara lo que no es de extrañar puesto que éste se halla encaminado también a aquietar la mente.

Silencio, hecho de paz y verdad, acompañaría en Ramana Maharshi a la presencia silenciosa del maestro de la cual él mismo sería de los más claros ejemplos: quienes se han considerado sus discípulos se han referido una y otra vez a ella y a su valor en los términos más elogiosos. Nada encontramos semejante en Krishnamurti, cuidadoso —como Sócrates— de no añadir su atracción personal a su papel de espejo e indicador del camino: lo que se experimenta ante un gurú puede sentirse bajo un árbol frondoso, en un lugar tranquilo, nos ha dicho alguna vez Krishnamurti. Y es que no hay gurús, no caben ayudas externas.

Grandes genios religiosos ambos, la complacencia en distinciones tajantes resultaría sin embargo un criterio seguro de error si no de superficialidad: ninguno de ellos es partidario de la institución de los gurús, en Ramana Maharshi porque el verdadero Gurú es Sat-Chit-Ananda, y en Krishnamurti porque el gurú lo somos o hemos de serlo cada uno de nosotros si es que hemos de ser luces para nosotros mismos.

El mayor radicalismo de Krishnamurti está aquí también en un rechazo más terminante del gurú y por lo tanto del valor de su presencia ahí incluida la suya, la de Krishnamurti. No obstante él también no sólo despertaba un rendido afecto en sus oyentes sino que la claridad que ellos sentían al oírlo, que a veces desaparecía cuando llegaban a sus casas, lo muestra un poco como ejemplo contrario a su propia tesis. Y es que Krishnamurti es el gran maestro espiritual que señala los peligros de aceptar maestros espirituales. La claridad con que todo se veía al escucharlo de la que tantas veces han hablado oyentes suyos, se debería a que tocaba una parte nuestra íntima pero por lo regular oculta y sin expresión en nuestro ser, cercana acaso al Amigo Inmortal del hinduismo, que él cantó de joven y nos acompaña siempre, que quizá en el fondo somos. Pero decirlo no es serlo.

En Ramana Maharshi el silencio, método y realidad, no rechazado por completo el gurú propiamente dicho, externo y humano, su presencia resulta también una forma de vínculo espiritual; por eso discípulos y visitantes se sentaban en el piso de concreto del ashram teniéndolo al frente: ¿Por qué un hombre ha de buscar la luz cuando tiene ante sí su fuente misma?

Y era luz que ante Ramana Maharshi se sentía paradójicamente desde dentro y no desde fuera, nos dice uno de sus discípulos (Mouni Sadha. In *Days of great Peace*) con las limitaciones ya señaladas que tiene este término también en Ramana Maharshi. Uno de los capítulos (XXVIII) de esta obra se intitula Los ojos de Maharshi. "Sin variaciones en la expresión debidos a la emoción o al pensamiento, dice el autor mencionado, sus ojos estaban llenos de luz y de vida". Nos parece sin embargo que no se necesita ser un observador cuidadoso como quiere el autor mencionado para

apreciar el carácter extraordinario de la mirada de Ramana Maharshi en algunas de sus fotografías: luz, vida, paz, dulzura, inteligencia, por ejemplo, en la incluida en primer lugar en la obra citada, la hallamos también en otras publicaciones del Ramanashramam, entre ellas en números de *The Mountain Path*.

Silencio, presencia, mirada; a veces el silencio, la presencia silenciosa, accede condescendiente a hacerse palabras casi siempre en respuesta a alguna pregunta. Y entonces nos hallamos ante un factor común con Krishnamurti. Si bien el silencio con mayúscula los unía, por el sentido y la significación que tiene en ambos de sinónimo de la Inmensidad o el Atman, en Ramana Maharshi era método en forma más deliberada como modalidad señera de presencia, su presencia en caso del Ramanashramam. Presencia física y mirada serían diferencias, porque Krishnamurti prefiere no emplearlas. Pero no cabe decir que Krishnamurti no las acoge en absoluto, aunque no se trate de la mirada del gurú, del maestro:

¿Buscas la eternidad? Mira en los ojos de tu prójimo.

Indicación valiosa, sumamente valiosa, pero dirigida más bien al oyente y no método regular de enseñanza como en Ramana Maharshi.

Palabras en los dos: el lenguaje no siempre “puente de ilusión entre los hombres” como quiere el Zarathustra nietzscheano. En Ramana Maharshi embajador del silencio —elocuencia pura y la más alta— las palabras resultan puente de la ilusión hacia la Verdad —a secas y con mayúscula— del Sí mismo. En Krishnamurti un como puente de ilusión nietzscheano, con mala conciencia de sí por el nominalismo: la palabra no es la cosa.

Mas no se piense que en Ramana Maharshi hay aceptación sin más de estas formas casi físicas de transmisión de la espiritualidad abundantes y significativas en el hinduismo y sobre las que por ejemplo Romain Rolland ha llamado la atención a propósito de Ramakrishna, acogidas explícitamente en mayor medida que en Krishnamurti porque el radicalismo de Ramana Maharshi es con todo el de la Vedanta, esto es de una doctrina tradicional en tanto que en Krishnamurti hay el ultraradicalismo de ningun-

na doctrina tradicional, ninguna tradición, ninguna doctrina. Hay algunas prácticas rechazadas por Krishnamurti, tampoco acogidas regularmente por Ramana Maharshi, que sin embargo a veces le eran rendidas; él las recibía con indiferencia primero y luego les restaba valor e incluso terminaba por censurarlas; se debían a que el discípulo seguía siéndolo al no haber superado la creencia de que el cuerpo es el Atman, para beneficio de estas personas —una concesión a la ignorancia, en buena cuenta, que Krishnamurti se negaba a efectuar— dichas prácticas se habían establecido en el pasado, y de ellas Sri Ramana formula una interpretación histórica acerca del valor que tenían entonces. Ramana Maharshi las aceptaba ocasionalmente pero no con el carácter de prácticas regulares. Krishnamurti en absoluto no. Entre ellas se cuentan:

- a) El pada puja (adoración de los pies) a veces como forma de respetuoso saludo pero también con otras significaciones: Había diversas modalidades semejantes.
- b) La adoración con agua.
- c) El prasad, tan difundido, incluso en las formas actuales de ese hinduismo que ha ganado sobre todo a tantos jóvenes de hoy.

Responde Ramana Maharshi a alguien que le pide un poco de su comida como prasad:

“Toma todo el alimento que comas como prasad del Señor. Entonces se vuelve prasad de Dios. ¿No es todo lo que comemos prasad del Señor? ¿Quién es el que come? ¿De dónde viene?” En Krishnamurti cualquier cosa, incluso remotamente semejante al prasad está conspicuamente ausente, a nadie se le hubiera ocurrido pedírsela.

- d) Así también tocar, a manera de bendición, algún lugar del cuerpo del que se considera discípulo. Alguna vez Ramana Maharshi explica (Letters from Sri Ramanasramam, II 55): “mi mano puede haber tocado sin intención sus cabezas. Deliberadamente no he hecho esto nunca”.